

El último héroe clásico

Si tuviera que elegir un evento dentro de los que ocurrieron en el año 2020 para representarlo como un punto de giro en la historia de la humanidad, escogería la muerte de Diego Armando Maradona. La razón por la cual Maradona pudo haber sido el personaje más icónico de su generación, va más allá de su incomparable talento para el juego más popular de la edad moderna. Tiene que ver con la manera en la que se enfrentó a los poderes que gobernaban (y aún gobiernan) los mundos que habitó. Por estas luchas pudo haber sido el último en entrar dentro del molde del *héroe clásico*.

Los *héroes clásicos*, como Gilgamesh o Aquiles, eran imperfectos por naturaleza, porque provenían de dioses de naturaleza imperfecta. Ninguno de ellos, por lo tanto, sobreviviría a la furia inquisidora que gobierna a las llamadas redes sociales. No pretendo saber en qué momento empezaron a desaparecer. Lo cierto es que encontraron gran competencia en una nueva especie, que impuso su prevalencia durante los siglos que llevaron al surgimiento del *estado-nación*. Por lo tanto, habré de llamarlos *héroes nacionales*.

Los *héroes clásicos* son, en términos generales, personajes de ficción. No obstante, son representaciones mucho más honestas de las sociedades de las que provienen que sus contrapartes nacionales: quienes sí son personajes históricos, pero sus legados han sido distorsionados, para convertirlos en propaganda del nacionalismo que ha forjado el mundo moderno.

Un punto en común que tienen estos héroes, es el alto nivel de testosterona evidente en sus acciones, suficiente para clasificarlos como *machos-alfa*. Este, sin embargo, es un aspecto que han venido limando de las corazas de los *héroes nacionales*, para adaptarlos al ambiente de los reinos

digitales. Pero no se puede desprender de los *héroes clásicos*, porque está tan arraigado a sus personalidades, que al terminar de limarlo no quedaría nada. No hay Aquiles ni Gilgamesh ni Ulises sin lo que hoy llamaríamos su masculinidad tóxica. Del mismo modo, el epílogo de la leyenda de Diego Armando Maradona se ha de enfocar en las difíciles relaciones que sostuvo con las mujeres de su vida y la extensa descendencia que le sigue apareciendo.

La generación que precedió a Maradona produjo *héroes clásicos* como Muhammad Ali, Bob Marley y Fela Kuti. En estos casos, al igual que en los de sus pares del mundo antiguo, todos compartieron actitudes patriarcales presentes en la historia de Maradona. A causa de estas, han surgido voces, que cuesta saber si crecen en número al mismo ritmo que crecen en influencia y aumentan sus decibeles, que opinan e incluso demandan que hay que revocarles su condición de heroísmo.

En lo personal, no solo pienso que es inútil sino también injusto juzgar a los personajes del pasado desde el presente. Esto no significa que esté en contra de derribar estatuas que celebran lo que para muchos son los capítulos más oscuros de la historia reciente. Sin embargo, me pregunto si estos dos factores serán compatibles en las mentes de las futuras generaciones. ¿Acaso en un futuro no muy lejano empezaran a profanar las efigies Maradona o de Bob Marley?

Aunque entiendo que estas preocupaciones evidencian mis prejuicios de hombre latinoamericano, nacido en el último cuarto del S. XX, no dejan de ser preocupantes: ya que pienso que sería una pérdida para las nuevas generaciones, el no poder comprender la manera en que a través de su genio artístico y de su valor para enfrentarse a las fuerzas corruptas que gobernaban los mundos que habitaron, estos personajes le ofrecieron al menos un atisbo de esperanza y de justicia divina a los más pobres y desahuciados, de un modo en el cual ningún intelectual defensor de la corrección política pudiera siquiera imaginarse.

El asunto inglés

Maradona se ganó su condición de *héroe* el 23 de junio de 1986: en una tarde soleada y calurosa, a los 2.250 metros de altura del legendario Estadio Azteca. Este fue el día en que Argentina venció a Inglaterra en los cuartos de final del mundial con dos goles suyos: el primero con la Mano de Dios y el segundo el que aún es considerado el mejor gol de la historia de los mundiales.

A lo largo de tres siglos, el Imperio Británico logró imponer a lo largo y ancho de sus colonias en África, Asia, Oceanía y el Caribe, muchas veces a través de la postal de oficiales en sus uniformes rojos y brillantes, acompañados de sus mujeres y niños vestidos en ropajes blancos, prístinos y con encajes. Esta no fue la propaganda que dejó el entonces decadente Imperio Español, de la cual quedaron más que todo leyendas de ladrones y piratas. Esto se hace evidente en los casos de Sir Henry Morgan y Sir Francis Drake, conocidos en el lado hispano como el Pirata Morgan y el Pirata Drake. Por lo tanto, dentro del *ethos* latinoamericano (el cual es un tema que si me descuido me puede llevar al viejo debate entre las éticas católica y protestante), la Mano de Dios suele ser justificada con el proverbio: *ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón*.

Después de las guerras de independencia en el continente americano, cuando el grueso de su expansión colonial aún estaba pendiente, los grandes poderes europeos, liderados por el Imperio Británico, establecieron lo que puede interpretarse como la primera relación neocolonial, con una región como Latinoamérica: llena de oro y recursos naturales. Lo hicieron a través de la figura de la deuda externa, que se fue acumulando a medida que los ejércitos que lucharon por la independencia demandaban recursos en su lucha en contra de la corona española, y por lo tanto acudieron al mayor de los rivales de la madre patria, quienes en este caso

se aferraron al proverbio de *matar dos pájaros de un tiro*: acelerar el declive de sus grandes adversarios y controlar la región por el siguiente siglo.

Encima de esto estaba la entonces aún reciente Guerra de las Malvinas, que ocurrió entre abril y junio de 1982. Lo primero que hay que recordar acerca de este conflicto, es que fue el decadente y criminal gobierno militar: responsable de aproximadamente 30 mil desapariciones forzadas entre 1976 y 1983, quienes en un esfuerzo desesperado por desviar la atención de su propia decadencia, ordenaron una invasión que estaba condenada al fracaso. Esto, sin embargo, no hizo que los argentinos olvidaran a los soldados británicos detrás de las armas que acabaron con las vidas de 650 de sus compatriotas.

El triunfo de Maradona contra los ingleses, más que un simple acto de reivindicación de los argentinos, como el director y músico Emir Kusturica expone en el documental que produjo en 2008, fue celebrado como una victoria personal por millones de espectadores en todo el mundo, que siguieron el partido por televisión y resentían por diferentes motivos el legado del imperialismo británico.

Santa Maradona

Desde el momento en el que decidió irse a jugar al *Napoli* en el verano de 1984, Maradona se ganó la devoción eterna de los napolitanos. Después de llevarlos a ganar dos títulos nacionales en las temporadas 1986/87 y 1989/90 y una Copa Uefa en 1989, la ciudad mandó a San Genaro a la banca y adoptó a Maradona como su nuevo santo patrón.

Durante los ochenta, la Serie A dominó el fútbol europeo con equipos legendarios como el *AC Milan*, dirigido por Arrigo Sacchi y presidido por Silvio Berlusconi, que contaba con los tres holandeses Marco Van Basten, Ruud Gullit y Frank Rijkaard acompañados de la base de la selección italiana; la *Juventus* de Michel Platini, Michael Laudrup y

Zbigniew Boniek o el *Inter* de los alemanes: Jurgen Klinsmann, Andreas Brehme y Lothar Matthäus. Sin embargo, era Maradona quien capturaba la atención de millones de espectadores en todo el mundo. Por esto, a pesar del repudio que le despertaba al establecimiento político y económico del norte de la península, no tuvieron problema en pasar por alto la vida de excesos que todos sabían que Maradona llevaba, con la bendición del Clan Giuliano, quienes por generaciones fueron los *capos* de la Camorra napolitana.

Siguiendo esa suerte de ciclo místico que marca la Copa del Mundo, el siguiente punto de giro en la fábula de Maradona ocurrió cuatro años después de su heroica participación en México '86. Tenía que ser en Nápoles, el 4 de julio de 1990, en el estadio entonces llamado San Paolo, que a partir del 25 de noviembre de 2020 recibió el nombre de Diego Armando Maradona. Fue entonces cuando Argentina eliminó a Italia de su mundial, en una semifinal que empataron en el minuto '67 con gol de Claudio Paul Caniggia y después se decidió en los penaltis gracias a otra actuación heroica del arquero Sergio Goycochea, quien ya los había salvado en el partido de cuartos de final contra Yugoslavia.

Esta fue la transgresión que los poderes tradicionales italianos no le perdonaron. Ni siquiera sus críticas al Vaticano: por acumular tesoros cuando había tanta gente muriéndose de hambre, les dolió tanto como el ser eliminados de su propio mundial. Además, en los días previos al partido, Maradona habló frente a las cámaras de la hipocresía de los del norte, quienes entonces presionaban a los napolitanos a hinchar por Italia y en contra de su *héroe*. A los pocos días, cuando la final contra los alemanes estaba por comenzar, el Estadio Olímpico de Roma empezó a abuchear mientras los argentinos cantaban el himno, lo que llevó a que millones de espectadores en todo el mundo vieran a Maradona enfurecido, vocalizando claramente las palabras: *hijos de puta*.

Menos de un año después, en marzo de 1991, Maradona recibió una suspensión de quince meses, luego de dar positivo por cocaína en un control anti-doping. Este fue el

comienzo de una espiral de decadencia, que aparte de un puñado de rebotes: de vuelta a la cima del mundo, mantuvo su trayectoria descendente hasta el día de su solitaria muerte, casi tres décadas más tarde.

El primero de estos rebotes duró una semana, en la cual Argentina jugó sus dos primeros partidos del mundial de 1994 contra Grecia y Nigeria. Estas serían sus dos últimas participaciones con la selección nacional, ya que después fue expulsado del torneo, cuando encontraron restos de efedrina en un control realizado al finalizar el partido contra Grecia. Al abandonar la competencia, con lágrimas en los ojos acusó a la FIFA de haberle cortado las piernas.

Dos caños a la parca

En un programa transmitido unos cuantos días después de su muerte, fueron reunidos algunos de sus compañeros del mundial del '86. Entonces, Héctor Enrique confrontó a quienes decían que Maradona no había podido gambetear a la parca. Por el contrario, concluyó Enrique, El Diego le había tirado dos caños: uno de ida y otro de vuelta. Esto lo dijo en referencia a las dos veces que Maradona estuvo al borde de la muerte: a causa de dos sobredosis de cocaína en los años 2000 y 2004.

Enrique fue quien le pasó el balón a Maradona antes de que arrancara su mágica carrera hacia la portería defendida por Peter Shilton, quien todavía no se había repuesto del cachetazo que había recibido de la Mano de Dios. Su resentimiento seguía vigente más de tres décadas después, pues su reacción al enterarse de la noticia fue quejarse, por enésima vez, por la trampa de Maradona al anotar el primer gol con la mano. En respuesta, Paul Gascoigne, tal vez el más maradoniano de los jugadores ingleses, le dijo a su antiguo compañero de selección que en lugar de vivir resentido debería darle las gracias, pues de no ser por Maradona nadie recordaría de su nombre.

Es difícil pensar en alguien que haya pasado por más cambios físicos que Maradona, a lo largo de la mayor parte de las cuatro décadas y media que vivió frente al lente de una cámara. No obstante, en todas las imágenes en las que fue retratado, conservaba un rasgo de la inocencia infantil que fue capturada por primera vez en 1973: cuando apareció en un video en tono sepia, haciendo malabares y confesando que sus sueños eran jugar para Argentina y ganar un mundial.

Según varios de sus excompañeros, Maradona nunca superó la muerte de sus padres: La Tota y Don Diego, quienes solían acompañarlo a todas partes, desde su primer transferencia internacional al *FC Barcelona* en 1982. Incluso cuando estaba en el pico de su carrera: reverenciado como un semidiós por millones de fanáticos, Maradona no tenía sirvientes que lo atendieran. Era La Tota quien preparaba sus comidas, de la misma forma como lo hacía cuando el Pibe de Oro entraba en la adolescencia en su humilde hogar en el barrio de Villa Fiorito. Don Diego, por su parte, se convirtió en amuleto de la suerte de los equipos en los que su hijo jugó, de los que siempre presencié sus entrenamientos y era invitado especial en el camerino antes y después de cada partido.

Fue durante su paso por el Barcelona que Maradona probó la cocaína por primera vez. Siendo, como era, la encarnación moderna del *héroe clásico*: trágicamente débil frente a sus propias fuerzas, tenía que volverse adicto a la droga que habría de definir, de varias maneras, la década en la que desplegó sus poderes. Una razón que puede explicar por qué hubo más personajes dentro de la generación que precedió a Maradona que entran dentro del molde del *héroe clásico*, es que porque estuvo influenciada por eventos como la Guerra de Vietnam y el Movimiento de Derechos Civiles (y por sustancias como la marihuana y el LSD). Sus sucesores pertenecieron a una generación cuyo curso fue marcado por los principios neoliberales de Wall Street y los Chicos de Chicago (y un aumento dramático en el consumo de cocaína).

Maradona será recordado por muchos como un ser de otra dimensión, que en lugar de nacer en un campo de

maíz del norte del continente apareció en las barriadas de una urbe del sur. Por lo tanto, entendía el significado de la pobreza. Su tragedia también se puede entender como una lucha constante entre dos personajes que vivían dentro de un mismo cuerpo: de un lado estaba *Diego*: aquel joven de trece años que soñaba ganar el mundial con la selección argentina. Del otro estaba *Maradona*: el *héroe clásico* destinado a colapsar bajo el peso de su propio genio.

En el artículo *Beneficio de Clero* (1944), el cual presenta un análisis crítico de la autobiografía: *La Vida Secreta de Salvador Dalí* (1942), George Orwell identificó una debilidad en las audiencias de los medios masivos de esa época, quienes no podían desconectar el talento artístico de Dalí de su comportamiento como ser humano. En los tiempos de Orwell, esta debilidad se manifestaba a través de una especie de impunidad que se le otorgaba a los grandes artistas. A lo largo de la vida de Maradona, dicha debilidad entró en una nueva etapa, en la cual se espera de los íconos populares que sean el modelo de conducta de millones de infantes a los que nunca llegaron a conocer[8].

Maradona siempre rechazó esta premisa, argumentando que el rol de modelo de conducta debería recaer sobre los padres y no las celebridades. Al hacerlo, expuso lo que a mi criterio es una falla de las llamadas *sociedades de la información* del S. XXI: que elevan de manera súbita a la cima del escalafón social a jóvenes repletos de testosterona, muchos de ellos provenientes de hogares afectados por la pobreza y un acceso limitado a la educación: un ambiente lleno de adulación y riquezas y después esperan que se conviertan en sus faros morales.

Esta contradicción se cuenta entre los factores que han llevado a los *héroes clásicos* al borde de la extinción. Ahora, si estos *héroes* en efecto representan la última expresión de un mundo patriarcal marcado por la competencia: implacable e inescrupulosa, que ha llevado a la humanidad a un estado de conflicto perpetuo, entonces lo mejor es escuchar las sabias palabras de la gran Tina Turner y reconocer de una

vez por todas que *no necesitamos otro héroe*. De este modo, le podríamos decir adiós al alma atormentada de Diego Armando Maradona, con la esperanza de que su lugar sobre el pedestal será ocupado por alguno de los muchos líderes sociales y ambientales que arriesgan sus vidas diariamente por el bienestar ajeno. Sin embargo, no son ellos quienes han prosperado en los reinos digitales de Twitter y Facebook, los cuales por su parte no tendrían ningún problema en desterrar a Aquiles o a Gilgamesh. Esto me lleva a una advertencia final, respecto a la extinción de los *héroes clásicos*, pues su colapso puede también representar el fin de las fábulas de redención.

Desde los primeros rasgos hallados de nuestra memoria colectiva, este tipo de cuentos han sido un pilar moral de las sociedades humanas. Una de las principales razones, tal vez la principal, por la cual la leyenda de Gilgamesh y La Iliada han perdurado a lo largo de tantos siglos, la mayoría de ellos a través de la tradición oral, es la expiación final que viven sus personajes. Gilgamesh empieza siendo un rey lujurioso, violento y codicioso, que se gana su condición de *héroe* a través del dolor que le causa la muerte de su gran amigo y antiguo rival: Enkidu (que por su parte también puede verse como la comprensión de su propia mortalidad). Aquiles, por su parte, solamente logra encontrar la paz tras la muerte de su querido Patroclo, cuando le devuelve al Rey Príamo el cadáver de Héctor, para que su alma pueda entrar a los Campos Elíseos. Del mismo modo, el fenómeno de la cristiandad nunca hubiera ocurrido de no ser por la historia del soldado romano, que solía cazar cristianos antes de su epifanía camino a Damasco. Algo similar sucedió con el budismo y la historia de otro gobernante que al comienzo era violento y codicioso, pero evolucionó hasta convertirse en el símbolo de coexistencia pacífica que es Asoka el Grande.

No obstante, la idea de la redención se hace difícil de contemplar en un mundo en el que ocurren episodios como el de Edinsón Cavani, quien recibió una suspensión de tres partidos cuando jugaba en el Manchester United, cuando in-

cluyó la palabra *negrito* en su respuesta a un mensaje que un amigo cercano publicó en sus redes sociales, en lo que tanto dentro del contexto personal (entre los dos amigos), como local (en Uruguay) y como mínimo regional (extendido prácticamente a la totalidad de la población hispanoparlante), era claramente entendido como una expresión de cariño. Esto me trae de vuelta a los casos de Sir Pirata Morgan y Sir Pirata Drake y la razón por la cual un porcentaje tan grande de la audiencia global celebró la Mano de Dios tanto o incluso más de lo que celebró el mejor gol en la historia de los mundiales.

Fiel al ritmo errático que siguió a lo largo de las seis décadas que pasó en La Tierra, su funeral produjo un episodio que el propio Maradona seguramente lo definiría como el momento en el que a las autoridades nacionales y municipales se les *escapó la tortuga*. La escena comenzó con miles de seguidores apilados hombro a hombro en medio de una pandemia global, de un virus que se transmite por vías respiratorias. Entonces, a medida que iba quedando claro que no todos iban a poder despedirse en persona del cuerpo del ídolo, pues era imposible que todos ingresaran a la Casa Rosada, donde se llevó a cabo el velatorio, el público, que incluía a varios de los más infames miembros de distintas barras bravas, comenzó a invadir el palacio de gobierno.

A pesar de las caóticas imágenes registradas durante el tumultuoso funeral, la postal que prevaleció podría interpretarse como evidencia de un póstumo milagro maradoniano: protagonizada por hinchas de Boca Juniors y River Plate fundidos en un cálido abrazo: en la que pudo haber sido la más hermosa de las violaciones de los protocolos para evitar la expansión del Covid-19. Catorce días después, el milagro se terminaría de consumir, cuando las autoridades reportaron una leve disminución en el número de contagios del virus que habría de definir el último año de la Era de Maradona.